

los nuestros, y uno de ellos, sin ir más lejos, es el modo como se debe asesinar á vuestra Alteza.

OTOCAR.

Sí, ya lo sé; en medio del combate.

SALADO.

No, señor; uno de los conjurados ha discurrido un arbitrio para herir á vuestra Alteza cuando esté sentado en su mismo solio, y esa será cabalmente la señal del ataque.

OTOCAR.

¿Uno de los conjurados?

SALADO.

Un estudiante.

OTOCAR.

¿Ulrico?

SALADO.

No; Salado.

OTOCAR.

Ya conozco ese nombre; ¿y cómo piensa hacerlo?

SALADO.

Así. (Hiere violentamente al Conde en el pecho: vése un cuchillo clavado en el jubón. El Conde cae con la violencia del empuje, pero se levanta al momento, y el cuchillo cae en el suelo. Muzedin, los guardias y los pajes se han precipitado sobre Salado.)

OTOCAR.

No le hagáis daño.

SALADO.

¡Cómo diablos, señor Conde! ¿Aun estáis vivo? ¿Luego es decir que lleváis un colchón de canónigo encima del estómago?

OTOCAR.

No le hagáis daño, pero que le tengan bien custodiado. Despejad.

SALADO.

Podéis jactaros de ser más difícil de traspasar que una viga. Si cogen á Ulrico, que le digan lo que he hecho; esto es todo lo que pido, y buenas noches. (Se le llevan.)

MUZEDIN.

¿Qué piensa de ese vuestra Alteza?

OTOCAR.

¡Hum!

MUZEDIN.

¿Qué pensáis hacer de él, señor?

OTOCAR.

Le haré cortar la cabeza mañana temprano. Por lo demás, no os hagáis ilusiones, Muzedin; yo entiendo mucho de fisonomías, y la de ese perillán es la de un libertino tronera á quien el tedio impulsa á buscar emociones extraordinarias; su acción es



más bien la apuesta de un loco estragado que no el sacrificio heroico de un ciudadano; se ha propuesto matarme por no suicidarse. De que la virtud sea una locura no resulta que la locura sea una virtud: me holgara de poder enseñaros, como término de comparación, ese Ulrico cuyo nombre han pronunciado titubeando nuestros tres traidores; allí veríais un noble semblante varonil; varias veces he encontrado su mirada á mi paso, mirada llena de una cólera franca y leal que no se tomaba el trabajo de ocultarse; y tanto me ha interesado, que no he podido menos de preguntar su nombre. Es preciso que sepáis, señor Muzedin, que yo también soy hombre asaz difícil de divertir, por haber apurado ya muchos placeres; tengo momentos de fastidio; no siempre estáis vos ahí; tengo, digo, instantes de tedio, en que desearía á este pueblo de Francia menos resignación y un asiento menos pacífico á mi solio soberano; pues bien, cuando me exaspera demasiado el disgusto de no sentir bajo mi pie más que un cadáver inerte, evoco la imagen de mi Ulrico, y me parece entonces que late un corazón en el pecho del cadáver, que ese cadáver se mueve y que va á reanimarse terrible; así me distraigo.

UN PAJE. (Entrando.)

Señor, el estudiante Ulrico solicita revelar en el acto á V. A. el secreto de una conjuración.

MUZEDIN.

¡Alá Herim!

OTOCAR.

¡Ulrico! ¡Ulrico! ¿Estás seguro?

EL PAJE.

Ahí está.

MUZEDIN.

Pensativo ha quedado vuestra Alteza.

OTOCAR.

Debe tener alguna arma oculta. ¿Le han registrado?

ULRICO. (Precipitándose en la sala.)

No, no tengo armas, señor; nada temáis. Dejadme hablaros sin testigos. Por mi honor, por mi alma os juro que no traigo malos intentos.

OTOCAR.

En mi vida he experimentado igual sorpresa. Dejadnos, señores. Ya lo veis, Muzedin; cuando se trata de los hombres, el desprecio y la duda siempre se quedan cortos. Hasta mañana, mi apreciado huésped. (Retíranse Muzedin, los guardias y los pajes.)



OTOCAR, ULRICO.

OTOCAR.

Habla ahora, mancebo, habla; da á ese rostro en el que tantas veces han debido fijar pensativas sus dulces miradas las madres, las hermanas, las vírgenes al pasar por junto á ti; da á ese rostro y al que le ha formado un odioso mentís; habla, engaña, vende, reniega; ya te escucho.

ULRICO.

Señor, á nadie vengo á vender sino á mí mismo; vedme á vuestros piés; confieso que soy vuestro mortal enemigo. Hace un año estoy conspirando día y noche vuestra ruina y vuestra muerte; quitadme la vida, señor; pero no me quitéis más que la vida, y mis últimas palabras saludarán en vos á un enemigo generoso.

OTOCAR.

No te hagas el magnánimo; confiesa que eres un cobarde.

ULRICO.

No lo confesaré, señor, porque no es verdad. Si Dios me hubiera impuesto una prueba más dolorosa que los tormentos del cuerpo, ni vos ni yo estaríamos con vida á estas horas. Señor, tomad mi vida, pero sed generoso. Si es preciso envilecerme todavía más; si queréis que os entregue uno á uno

todos mis cómplices, lo haré; pero no me quitéis más que la vida..... tened compasión de mi alma. Si os acordáis, señor, de haber amado á un ser vivo, aun cuando sea á un perro, tened compasión de mí.

OTOCAR.

¿Hay una mujer de por medio? El día en que entra el amor en un corazón, el honor hace su hatillo. ¿Hay una mujer de por medio, eh?

ULRICO.

Escuchadme, señor. Yo tenía una carta del doctor Staumer, que me recomendaba á vuestra Alteza como el más hábil de sus discípulos; con ella debía presentarme esta noche en el castillo; naturalmente hubiérais abierto vuestra coraza para exponer al exámen del médico vuestro pecho enfermo, y en aquel momento os hubiera clavado un cuchillo en el corazón.

OTOCAR.

Remedio infalible.

ULRICO.

Esa carta me ha sido robada esta misma noche. Ya no me quedaba ningún medio de penetrar hasta vuestra Alteza; iba á faltar á mis solemnes juramentos..... cuando una mujer se ha ofrecido á reemplazarme, y en el primer impulso de la desesperación he aceptado.....



OTOCAR.

¿Una mujer?

ULRICO.

Una mujer á quien habéis escrito dos palabras de amor. Esta noche debe entregarse á vos y mataros.

OTOCAR.

¿Es una niña morena que veo á veces de lejos á su ventana en la plaza del Mercado?

ULRICO.

Alix es, sí, señor.

OTOCAR.

¿Y es tu querida? ¿La amas?

ULRICO.

Señor, ya lo veis.

OTOCAR.

¿Y te has arrepentido de tu sacrificio?

ULRICO.

He corrido por toda la ciudad sin poder encontrarla.

OTOCAR.

Y has venido aquí. Bien; y ahora, ¿qué me pides?

ULRICO.

Justicia para mí y respeto para ella.

OTOCAR.

Ulrico, ¿sabes lo que haces? Eras el jefe de la

conjuración; tú eres el que ha encendido la hoguera y vienes á entregarme la sangre con que voy á apagarla.

ULRICO.

Señor, tened compasión de mí: respetadla.

OTOCAR.

¿Es tu primer amor?

ULRICO.

Desde el primer día en que la ví me pareció que había bebido un filtro; desde entonces dejé de pertenecerme á mí mismo. He creído amar á mi patria, y á ella era á quien amaba; he creído aborreceros, y era que la amaba.

OTOCAR.

No, por mi honor, que no te alucinabas; tú habías nacido virtuoso; pero hay un momento en la vida, Ulrico, en que toda la suma de futuro heroísmo que hay en el corazón se llama amor y pertenece á una mujer. Ese sería tu primer amor, ¿no es verdad?

ULRICO.

Sí, señor, sí, no quiero negarlo. Cuando su mano toca la mía, me parece que un dardo de fuego traspasa mi cuerpo.

OTOCAR.

¿Y te ama ella lo mismo?



ULRICO.

Por mí dejó á su madre.

OTOCAR.

¡Ah! ¿nunca has sido engañado, di?

ULRICO.

No, jamás. La traición es un arte que nadie me ha enseñado, aunque le practico tan bien; naturalmente, le tenía yo en el alma. (Se cubre el rostro con las manos y llora.) Dispensadme, señor; mi corazón se hace pedazos.

OTOCAR.

Ahora que pienso en ello, ¿dónde estaba esa carta de Staumer?

ULRICO.

En una cajita, en mi casa. Alguno ha entrado sin duda por la ventana y ha forzado la cerradura mientras Alix había ido un momento á Santa Clara..... La parra estaba pisoteada y había un vidrio roto, que es lo que me ha hecho descubrir el robo.

OTOCAR.

No está mal discurrido.

ULRICO.

Señor, protesto que no os engaño.

OTOCAR.

No digo eso. (Á un paje que entra.) ¿Qué hay?

EL PAJE.

Ahí está una joven que trae este billete para vuestra Alteza.

ULRICO.

Ella es, señor. Tened compasión de mí.

OTOCAR.

Que entre la joven. Ulrico, ponte detrás de ese tapiz. (Designándole una tapicería que oculta una puerta á sus espaldas.) ¿Llevas algún arma?

ULRICO.

No..... ¿por qué? ¿qué meditáis, señor?

OTOCAR.

Toma mi daga..... puede que te sirva; escóndete. (Ulrico se esconde detrás del tapiz. Entra Alix.)

OTOCAR.

Acercáos, hermosa niña; miradme cara á cara. ¿De qué color son vuestros ojos? Por mi vida que me deslumbran como si fueran soles.

ALIX.

Señor, no me tratéis con desprecio; no soy lo que os imagináis.

OTOCAR.

Por Dios que lo creía; pero si me engañé, tanto peor, porque sois singularmente hermosa; aunque más bien, tanto mejor; pues al veros entrar, dije para mí: al fuego de esos ojos hechiceros se va á derretir toda mi vajilla de oro.



ALIX.

No es eso, señor, lo que vengo á pedir.

OTOCAR.

¿Pues qué me vais á pedir? Porque en verdad que mi vajilla es la más preciosa prenda que poseo. Acaso no la habréis mirado bien.

ALIX.

Quiero que me escuchéis sin burlaros, porque lo que tengo que deciros puede excitar compasión ú horror, pero desdén no.

OTOCAR.

Os escucho como si tuviera el peligroso honor de ser vuestro confesor.

ALIX.

Mucho tiempo hace, señor, que vuestro nombre empezó á conturbar mi espíritu: todos los míos os han aborrecido mortalmente; todos los días os oía nombrar con terror, á tal punto que hacía la señal de la cruz cuando delante de mí se hablaba de vuestra alteza. Hace dos años, mis hermanos perecieron por orden vuestra; desde aquel momento mi imaginación ha estado invenciblemente fija en vos; vos erais el pensamiento constante de mis vigili-  
as, el sueño de mis noches; vuestra imagen aborrecida agitaba todas las horas de mi vida. Nunca quise miraros, por miedo de reavivar aún más la

importunidad de aquella visión; en fin, mi odio llegó á ser tan vivo, que resolví perderos: para ello derramé toda mi cólera en el corazón de un manco que me amaba, y era un estudiante llamado Ulrico. Hostigado sin tregua por mí, ha reunido contra vuestra Alteza los hilos de una poderosa conspiración, de la que ibais á ser víctima esta noche. Ulrico debía penetrar hasta vos por medio de una carta del doctor Staumer, y asesinaros..... ¡Pues bien! esta tarde yo he robado vilmente esa carta, y me he propuesto para reemplazar á mi amante. ¿Me comprendéis, señor?

OTOCAR.

¿Pues no? comprendo que viendo la muerte de Ulrico no menos segura que la mía, has preferido salvar la vida de tu amante á perderme, y vienes á pedirme su perdón.

ALIX.

¡No, señor, no! La verdad es que cuando os vi pasar esta tarde, comprendí una terrible verdad..... adiviné el secreto de todas las borrascas de mi alma..... reconocí que si vos moríais yo no podría vivir, y que de dos años á esta parte, con todo el ardor de mi soñado odio, señor Conde, os amaba. (Se oye detrás del tapiz un grito sordo, y luego el sonido de un cuerpo que cae al suelo.)



## OTOCAR.

Ved, hermosa niña, lo que pasa detrás de ese tapiz. (Alix levanta el tapiz, y al ver á Ulrico bañado en su sangre, cae desmayada.) ¡Hola! (Entran los guardias.) Llevad á uno de los subterráneos de mi capilla á ese cadáver y á esa mujer desmayada; depositadlos uno junto á otro, y tapiad la puerta.

FIN.

LA 2001.10.10.10.10.10